

## **MOVIMIENTOS SOCIALES Y ESTADO**

**José María Tortosa**

Instituto Universitario Desarrollo Social y Paz  
Universidad de Alicante

Las experiencias políticas boliviana y ecuatoriana son particularmente interesantes más por las cuestiones que han planteado que por los problemas que resuelven. En Bolivia, por ejemplo, se ha tanteado, por parte del gobierno, la posibilidad de una política exterior “post-colonial” diseñada desde el punto de vista de los pueblos originarios y no desde el de la élite criolla, blanca o, como se dice en parte del país, “q’ara”, es decir, de la élite sucesora de la colonial, no tan distinta de ésta como el nacionalismo de la Independencia quiso hacer creer y que se denuncia ahora desde la élite de los pueblos originarios. Simultáneamente, el partido del presidente, mayoritario en el Congreso, puede maniobrar con relativa holgura a la hora de las votaciones, pero tiene la enorme dificultad de su desigual implantación en el conjunto del país, contando con la fuerte oposición de la “media luna”, es decir, de los departamentos sin tradición quechua o aymara en los que la élite criolla cuenta con mayores apoyos sociales y políticos... que incluyen apoyos en el exterior, interesados en el petróleo y el gas que se encuentre en esos departamentos. Una política exterior “post-colonial” con las presiones neoimperialistas que sufre el país utilizando las divisiones internas supuestamente “étnicas”, no deja de ser un puzzle complicado de resolver.

La cuestión “étnica”, en cambio, aparece de manera muy secundaria en el caso ecuatoriano. Es cierto que los movimientos indígenas, transformados en partidos o no, pudieron derrocar presidentes y hasta llegaron al gobierno en alianza con Lucio Gutiérrez. Pero en las últimas elecciones presidenciales y legislativas

no consiguieron un número significativo de votos. El problema de difícil solución en el Ecuador ha sido cómo hacer política desde la presidencia sin tener ningún escaño en el Congreso. Fue decisión muy discutida en el equipo del presidente: si, como decían, concurrían a las elecciones presidenciales bajo una propuesta contra la “partidocracia”, no tenía sentido aceptar esas reglas del juego y presentar candidatos al parlamento. Una vez en la presidencia, se lanzaría una propuesta de Asamblea Constituyente que, de alguna forma, refundara el Estado ecuatoriano. Pero, obviamente, gobernar sin ningún escaño (curul, como allí se llama) en el legislativo, impone tener que pagar peajes a los partidos que sí están representados, pertenezcan o no a la denostada “partidocracia”.

Si la discusión inicial sobre la Asamblea Constituyente en Bolivia se centró, sobre todo, en la mayoría necesaria para tomar decisiones (mayoría de dos tercios que el partido del presidente no tiene, o mayoría absoluta que sí tiene), la discusión sobre la Asamblea Constituyente en el Ecuador no pudo tener esos tonos partidistas ya que el partido del presidente se encuentra, como se ha dicho, ausente del parlamento. La alternativa fue recurrir a la consulta del 15 de abril pactada con el congreso. La incógnita es saber si esta Constituyente está siendo un proceso de integración de los movimientos sociales o una recomposición de la “partidocracia”.

Son casos muy diferentes: lo son sus sociedades y sus sistemas políticos actuales. Sin embargo, tienen un elemento en común que los hace dignos de seguimiento. En ambos hay una presencia significativa de los movimientos sociales de un modo que, sin necesidad de recordar el “que se vayan todos” de los piqueteros argentinos o “la otra campaña” promovida por los neozapatistas mexicanos, hace aparecer nuevas perspectivas sobre el complicado engarce de los movimientos sociales y el poder político del Estado.

Aunque en Bolivia, a diferencia del Ecuador, haya sido el partido del presidente el que ganara las elecciones parlamentarias, algunos puestos gubernamentales (a nivel de ministro o viceministro) han sido ocupados de manera sintomática por miembros de ONG de diversos orígenes. Eso ha hecho temer, para el caso de las ONGD, que las relaciones relativamente estables con las entidades financiadoras extranjeras puedan desvirtuar los planes del gobierno. Pero este desembarco de las “organizaciones no gubernamentales” en el gobierno es también un acceso de los movimientos sociales al poder del Estado. A ello se une la transformación de lo que fue un sindicato cocalero en sus inicios, en un partido, el Movimiento Al Socialismo (MAS), que adquiriría connotaciones “étnicas” progresivamente. Los movimientos sociales no son tan visibles en el caso ecuatoriano, pero están igualmente presentes entre los miembros del partido del presidente (Alianza PAIS) y en parte de su gabinete cuya relación con el movimiento “forajido” que derrocó al presidente Gutiérrez es innegable.

Immanuel Wallerstein ha analizado el papel problemático que han tenido, históricamente, los movimientos sociales “anti-sistémicos” cuando han accedido al poder. Las opciones frente al sistema eran claras<sup>1</sup>. Por un lado, la “derecha”, defensora del statu quo desigual e injusto, que incluye las variantes del egoísmo ilustrado (“cambiar algo para que todo siga igual” según el propósito de *El Gato-pardo*). Por otro lado, la “izquierda” que, con objetivos igualitarios, se propone como alternativa al statu quo. La constatación de Wallerstein es que cuando esa “izquierda” ha conquistado el poder del Estado ha sido un fracaso histórico: los objetivos no han sido alcanzados y la alternativa no ha sido tan evidente.

Por ello, los movimientos sociales de “izquierdas” tienen ante sí diversas opciones si no quieren repetir la experiencia histórica de su progresiva asimilación. Por un lado (véanse, si no, los Foros Sociales), pueden quedarse en un mero

---

<sup>1</sup> Immanuel Wallerstein, “La Otra Campaña en perspectiva histórica”, *Contrahistorias* (México), 6 (2006), pp.73-76.

repetir que “otro mundo es posible” sin otro impacto sobre la realidad que la creación de redes horizontales que no llegan al núcleo duro de las decisiones importantes sobre el funcionamiento del sistema. La otra opción es organizarse verticalmente, es decir, transformar el movimiento alternativo en un instrumento para la toma del poder, con los riesgos ya indicados de abandonar su carácter anti-sistémico y convertirse en “izquierda vegetariana”. La propuesta de Wallerstein es intentar realizar ambos propósitos simultáneamente, haciendo de la conquista del poder del Estado un elemento más de esa conquista “defensiva” que abra nuevos espacios a los movimientos sociales.

Alianza País por un lado y el MAS por otro son, evidentemente, partidos políticos que han conseguido el gobierno de sus respectivos países aunque, como ambos son conscientes, no hayan logrado “el poder”. Pero sus posiciones de partida, aunque diferentes, han sido claramente “anti-sistema” que incluye distanciamiento frente a las pretensiones del gobierno estadounidense. El problema para ambos, y con diferentes posibilidades de resolución, es mantener ese carácter o sucumbir a lo que otros movimientos “anti-sistema” sucumbieron anteriormente. Las intenciones, a lo que se puede observar, son las de mantener ese carácter. En ambos casos, apoyándose en movimientos sociales de diversa índole cuya inclusión en el gobierno, su disolución por satisfacción de sus demandas o su emasculación está por ver. No sería el primer caso de partido de “izquierdas” que, llegado al poder, se dedica a desactivar los movimientos sociales que le han llevado al gobierno.

En caso contrario, no lo tiene fácil el MAS en el fuego cruzado de los movimientos sociales en El Alto, que exigen mayores empeños por parte del gobierno por un lado y, por otro, de las oligarquías de los departamentos petroleros. Tampoco lo tiene fácil Alianza País con el movimiento indígena y los movimientos de clases medias urbanas por un lado y con los intereses generados en torno a la deuda externa por otro. Y, en ambos casos, con complejas relaciones con el

ejército, de nuevo diferentes de un país a otro, pero no por ello menos importantes y, a lo que parece, mejor anticipadas por Evo Morales.

Sea como fuere, lo que sí es claro es que en ambos países se juega un juego que no es sólo local. Por supuesto, están las potencias neoimperialistas actuando a través de la inversión directa, la ayuda y la cooperación o la amenaza militar directa por motivos muy variados, que éstos nunca faltan. Pero también está el que del modo en que se resuelvan las dificultades que ambos gobiernos afrontan se podrán deducir consecuencias interesantes para otros países. Obsérvese, de paso, que la situación de Bolivia y del Ecuador en poco se parece, para lo que aquí se ha estado discutiendo, a la de los otros dos países que componen el “eje del mal” latinoamericano, a saber, Venezuela y Cuba. El primero, porque se trata de un poder del Estado sólidamente asentado electoralmente y que coopta a los movimientos sociales. El segundo, por la particular transición, probablemente “a la española”, en que se encuentra y en la que los movimientos sociales están fuera y dentro del país, pero que carecen del elemento “anti-sistémico” que tienen los andinos, ya que por ser contrario al “sistema” no se entiende ser contrario al gobierno o al régimen existente sino ser capaz de proponer alternativas al sistema en su conjunto. Las dificultades para lograrlo son comunes.

Alicante, abril 2007